



Esa vida que pesa

Aurora Villalba Navarro

Carta Puebla XXXV Certamen Literario
XIV de Cuentos

primer premio
2013

81	67	59	43	23	13	
						Negro y rojo
						Pensando en planchar una camisa
						Invisible Soledad
						Duelo de damas
						Caramelos envueltos en celofán
						Cantad, por favor, aunque sea “New York, New York”

Alas de mariposa 

105 ————— Viento

						Esa vida que pesa
						Las trazas en la nieve tienen forma de serpiente
117	135					

Negro y rojo

Ya de camino hacia la escuela estuve varias veces a punto de apearme del autobús antes de alcanzar la parada del parque. El aire parecía espesarse a medida que me acercaba. Me repetía machacona, como si de un discurso se tratara, las frases con las que había decidido pedir excusas a Alicia, mi antigua profesora. Sabía que me iba a resultar muy difícil, pero se las debía.

Descendí en la parada. Al tocar el suelo me temblaban las piernas. Un vientecillo helado que se me clavaba en las mejillas azuzó mi desgana y me mantuvo las piernas firmes, sorprendentemente firmes. Crucé el parque y ascendí con lentitud por la cuesta. Recordé las veces que la había recorrido a largas zancadas. Adelante Malena, me dije. Aceleré e intenté no pensar, pero la mirada ácida que me había dedicado Alicia el día que me despedí de ella se empeñaba en importunarme. Cuanto más me aproximaba a la escuela más deseos tenía de volver atrás, pero me había propuesto llegar, como mínimo, hasta el inicio de la escalera que descendía hacia el patio de la entrada. Llegué hasta ella y me detuve un buen rato, el suficiente para mirar hacia abajo y respirar.

Me pareció que el tiempo no hubiera pasado. Junto a la puerta, un grupo de muchachos hablaba animadamente mientras hacían rotar un par de cigarrillos de tabaco negro. Sus pelos teñidos con productos baratos les confería cierto aire suburbial. La mayoría de ellos llevaba un *piercing*, algunos incluso lucían varios. Se cubrían con amplias parcas y largas bufandas sobre maillots raídos y medias rotas. Cuatro chicas escuálidas que se sentaban en círculo declamaban con voz trascendente un pasaje de Yerma, y un joven muy alto, de aspecto siniestro, con la cabeza rapada y un enorme cuerno

Pensando en planchar una camisa

Cuando Paúl Blanchón logró depositar su bolsa de plástico sobre la alfombrilla, en el rellano de su apartamento, dejó escapar un soprido largo y profundo. Sentía que el corazón le latía acelerado en la garganta, y eso que había tenido cuidado en calibrar el peso de la compra. Solo llevaba una botella de leche y un aerosol de almidón. El medio kilo de naranjas lo había dejado en la caja, para recogerlo por la tarde. Esa escalera sin ascensor se le antojaba cada vez más larga. Últimamente resistía poco. Además, la cabeza le daba vueltas. Sabía que los tres Martinis que se había bebido, justo al salir del ambulatorio y antes de pasar por el colmado, tenían mucho que ver.

—Abuelo, genio y figura — le habían dicho los del bar.

El había reído sin ganas la ocurrencia.

Blanchón tanteó su gabán. ¿Dónde estaría la llave? Metió la mano en el bolsillo. Lo primero que encontró fue la carta que le había entregado el médico. La sacó arrugada y, apretándola en el puño, la cambió, con dificultad, al bolsillo de su pantalón. Volvió a buscar la llave. Sus dedos toparon con un agujero. Ahí estaba, se había olvidado del maldito agujero. En los últimos tiempos se olvidaba casi de todo. Cada día tenía que introducir los dedos por el orificio, hasta el forro, y hurgar por los rincones del abrigo. Era un incordio. A ver si de una vez por todas conseguía acordarse de coserlo, pensaba.

Al fin encontró la llave. La introdujo con pulso tembloroso en la cerradura y la hizo girar. La puerta chirrió al envite de su hombro. Una llovizna de polvo se desprendió del techo y le llenó la espalda y la cabeza de motas blancas. Se agachó con torpeza y agarró su compra. También recogió el periódico que cada día, después de leerlo, le dejaba su vecino sobre el

Invisible soledad

Es la víspera de Nochebuena. Llevo un par de horas intentando envolver regalos con hojas de papel azul. No es un papel común. Son unas láminas metalizadas que en la tienda me dijeron que ornamentaban muy bien, y ahora resulta que cuando intento prender el celo se escurren entre mis dedos como si tuvieran patas. No tengo ningún problema con las cajas porque su simetría se adapta al papel con facilidad. Pero los objetos sin estuche, todos con formas sinuosas, como la bandeja de acero que regalaré a mi futura consuegra, me están dando mucho trabajo. Además me he quedado justa de cinta plateada. Pienso en lo que me espera. Cubrir mis ropas de casa con un abrigo, salir a la calle, llegarme a la librería, hacer cola, y perder mucho tiempo por dos miserables rollos de cinta. Podría llamar a alguno de mis hijos para que me la trajera, pero imagino la respuesta. Siempre es la misma. Están eternamente ocupados cuando les pido algún favor que les obliga a modificar sus planes. Sugerírselo a mi marido es algo que ni siquiera me planteo. Tendré que ir yo. Lo tengo claro. Mientras tanto me veré obligada a apagar el fuego del cocido que lleva la mañana entera burbujeando, pero todavía necesita más cocción.

A media mañana suena el teléfono, el teléfono de casa, el fijo, que ya no suena casi nunca. Miro el carillón del despacho, son las doce en punto. Pienso que tal vez sea Clara, la mujer de Borja, el hermano de mi marido. La llamé ayer para charlar un rato con ella, pero me dijeron que estaba descansando. Lo hago a menudo. Desde que su hijo murió en un accidente marino no ha levantado cabeza. Aunque nunca celebra mis llamadas confío en que la reconforte saber que me preocupo por ella. Corro hacia el aparato y bajo mis pasos crujen los papeles rotos.

—¿Diga? —respondo.

Duelo de damas

No sé cómo he llegado otra vez a esta plaza. Probablemente mis pies me han traído siguiendo el dictado inconsciente de mis deseos. Cuando esta mañana salí de casa con Grog, no tenía intención de acercarme. Pero he vagado sin rumbo por las calles, y de pronto me he encontrado aquí, agazapada en este rincón del parque, llenándome del olor dulzón que desprenden los magnolios.

Allí está ella. Reconozco perfectamente su silueta. La veo sentada en el banco, mientras contempla los correteos de los perros, bajo los plátanos. Es su hora, la hora de siempre, la del paseo de su setter.

—¡Grog, no estires!

No es la primera vez que vengo a verla. Desde hace algún tiempo la visito con frecuencia. Me gusta observarla desde lejos, me gusta cumplir este ritual que nunca me lleva a ninguna parte. Siento un placer íntimo que nada tiene que ver con la razón. Las demás veces acudí sin compañía y no me atreví a aproximarme. Me sentía incomoda aunque nadie me estuviera mirando. Por eso me marchaba rápido. Me he preguntado muchas veces el motivo por el que acudo. No he acertado a responderme. Tal vez prefiera no encontrar la respuesta. Hoy, acompañada de Grog, me siento un poco, solo un poco valiente.

La miro y veo que está explicando algo a sus vecinos de banco. Mueve la cabeza y gesticula mucho. Agita las manos, se toca el cabello. Debe de estar contando una historia divertida. Los que la rodean acaban de explotar en grandes carcajadas. Sé que es muy ocurrente y suele convertirse en el alma de las reuniones. Luis me lo cuenta a menudo. Tal vez demasiadas veces. No acaba de darse cuenta de que me molesta escucharlo.

Caramelos envueltos en celofán

Hija, acelera, que hoy por fin nos iremos de viaje. Sí, partiremos esta noche, después de la cena. Cuando lleguemos a casa te lo contaré bien. Ahora ponte la bufanda que ya nos ha llegado la ola de frío. No, de esta forma no. Mejor dale dos vueltas. Si no lo haces, cogerás un resfriado en menos que canta un gallo. Bueno, ya te la pongo yo. Así, ¿ves?, tapando las orejas y la nariz. No me digas que te pica, que esta bufanda la tejí el año pasado con una lana muy suave que me costó quince euros el ovillo. ¿Serás tozuda? No puedes tener calor. Será que íbamos muy estrujadas en el autobús y llevas dentro el sofoco de los apretones. Ya verás como ahora, en la calle, pronto sentirás el hielo. ¿Que qué llevo en esta bolsa? La comida del canario. Le compré tres quilos de alpiste y me pesa como un muerto. Corramos un poco, apresuremos el paso, que tengo ganas de llegar a casa. Estoy bastante panchucha, ¿sabes? Solo te digo que esta mañana me vi forzada a abandonar la clase. No sé que me pasó. Tuve un acceso de tos y las piernas empezaron a flaquearme. También se me fue la cabeza. Suerte que, poco a poco, me fui tumbando en el suelo. Si no lo hubiera hecho, me habría desplomado como un saco de patatas. Todos me rodearon. Pasé mucha vergüenza. Imagínate, los chicos mirándome, y yo, tose que te tose, que hasta un par de chavales tuvieron que acompañarme al vestuario. Y yo con el *maillot* empapado de tantos esfuerzos que hice. Tan pronto tiritaba de frío como me venían sudores. Lo pasé fatal. Con lo que le molesta a Alicia que se interrumpa la clase y que los microbios corran por el aula. “Tranquila, tranquila”, me decía. Pero yo la conozco y sé que no le gustan los numeritos. Ahora me encuentro mejor, di una cabezada cuando llegué a casa. Luego me sentí más animada y pude

Alas de mariposa

La tarde en que acabó lo del 22@, yo estaba en el podólogo. Parece una asociación extraña, pero así fue. Esas cosas que a veces se recuerdan aparejadas aunque tengan poco que ver. Hacía bastante tiempo que no le frecuentaba y lo echaba de menos. Siempre me había gustado esa media hora que, una vez al mes, me regalaba a mí misma.

El podólogo tenía su consulta en un pequeño centro de enfermería que estaba muy cerca de mi casa. Atendía a sus clientes en una pieza minúscula y caldeada, separada por un biombo de la zona donde la practicante ponía las inyecciones y tomaba la tensión a sus pacientes. Era un hombre menudo y silencioso de manos pequeñas, carnosas y hábiles. Cuando entraba por la puerta me dedicaba una tímida sonrisa de ratón y me preguntaba con amabilidad cómo iban las cosas. Yo siempre le respondía un escueto “todo en orden”. Luego me ayudaba a colocar los pies sobre un almohadón cubierto por una toalla blanca que él sostenía sobre las rodillas. Me examinaba con minuciosidad las plantas, los empeines y las uñas. “Hum..., aquí hay una pequeña dureza”, comentaba. Y se ponía a trabajar con la cabeza muy baja, mostrándome la coronilla. Me gustaba verlo entregado a su trabajo y contemplar los movimientos precisos con que manejaba el bisturí. Hurgaba con delicadeza en las zonas endurecidas, me redondeaba las uñas y me pulía las asperezas con una lima eléctrica. Luego alzaba mis pies hasta delante de sus ojos, les acercaba la lupa y murmuraba “creo que no queda nada”. Del interior del armario metálico, sobre el que depositaba los instrumentos, sacaba un gran tarro repleto de una pomada blanca y espesa. Ese era el mejor momento. El hombre untaba un puñado generoso en sus manos, las frotaba entre sí

Cantad, por favor, aunque sea “New York, New York”

Estoy escuchando por enésima vez las notas de una escala. El sonido me viene del piano del salón. La voz de Malena suena desafinada en medio de los sones. Mi novia es buena bailarina pero canta fatal. Y eso me extraña porque cuando habla su tono es suave y modulado. Empieza a faltarme el aire. Es lógico. Debo de llevar, por lo menos, dos horas metido en este cubículo cerrado y angosto. Sudo, sudo mucho, además no me puedo mover y esta postura que me obliga a encoger las piernas y abrazarme a las rodillas me está entumeciendo el cuerpo entero. Intento mover la cabeza. Tal vez articulando las cervicales sentiría cierto alivio, pero no encuentro la forma de hacer el más mínimo gesto. Estoy rodeado de faldas, vestidos, pantalones, abrigos, y un chaquetón de pelo largo que me hace cosquillas en la nariz.

Me han fallado los planes. Lo peor de todo es que no sé qué hacer. Si por lo menos pudiera descubrir algo, daría por bueno estar pasando por este tormento. Pero las notas y la voz de Malena siguen sonando en el salón. Nada sucede como yo lo había previsto.

Cuando tramé el plan, una maniobra que de entrada parecía sencilla, no conté con que esta mañana Malena iba a dedicarse a arreglar con “pulcritud” nuestra habitación. Es cierto que roza la obsesión por el orden y que lleva un mes diciendo que esto del cambio de temporada le da mucho trabajo. Pensé que el armario que Malena había adjudicado para guardar la ropa de invierno no volvería a utilizarse hasta la próxima estación. Por eso me introduje aquí. Es tener muy mala suerte que, justo hoy, mi novia haya decidido que el ropero no pueda quedar abierto.

Esa vida que pesa

Blanca acaba de cambiar la decoración del escaparate de su tienda y piensa en Luis. En Luis y en ella. Últimamente lo hace con mucha frecuencia. Y eso la llena de incertidumbre.

Blanca tiene la costumbre de cambiar la decoración del escaparate de su perfumería cada primer lunes de mes. Suele hacerlo ella misma. No le gusta dejarlo en manos de las dependientas que nunca acaban de saber colocar los objetos a su gusto. De este modo evita tener que rectificarlas. Lamentaría herir sus sentimientos. Blanca piensa con frecuencia que eso de montar un escaparate exige cierto arte y mucha gracia. Luis se ríe cuando se lo comenta. Por eso prefiere encargarse personalmente de seleccionar los accesorios que intercala, con cuidado, entre los perfumes y las cremas. Tiene en cuenta la estación del año, y las fiestas que se avecinan. En verano, sin ir más lejos, hace combinaciones con cestos de mimbre, bikinis y chancletas de playa, mientras que en épocas navideñas lo llena de bisutería, bufandas, guantes y guirnaldas que chispean con el encendido y apagado de las luces. Durante las rebajas procura dejar las cosas un poco desparramadas. Está convencida de que de esta forma parecerá que los productos vayan a resultar más baratos. Es una labor que se toma con mucha paciencia. Suele hacerlo a primera hora de la mañana para que nadie la moleste. Dos o tres horas antes de abrir al público las puertas de la tienda. Primero aparta los objetos que han sido expuestos durante el mes anterior y acostumbra a estar llenos de polvo. Los limpia con cuidado y los guarda en una caja con intención de distribuirlos, más adelante, en algún pequeño expositor. Luego cepilla el suelo, los rincones, las paredes y las estanterías. Y con una gamuza impregnada en limpiar cristales da lustre a las lunas. Cuan-

Viento

Ayer me costó dormir, y eso que doblé la medicación. Debieron de ser los búhos que cantaban saetas o ese polvo que nos llega del camino y entra por las ventanas. Con el brillo de la luna me pareció ceniza. Di la vuelta a la almohada para encontrar algún espacio frío e intenté acompasar la respiración, pero lo hice en balde. Tal vez no eran las aves ni el polvo, quizás fuera el viento que silbaba feroz, igual que lo hizo aquella tarde. Lo escuché con atención. A veces creo que me habla, pero en esa ocasión no dijo nada. Aparté las sábanas que, húmedas, se me pegaban a la piel. Cuanto más me forzaba en conciliar el sueño, más me ahogaba. Miré a Borja, mi marido, que daba pequeños soplidos acurrucado a mi lado y, mientras me preguntaba cómo podía estar tan relajado, me deslicé de la cama sin hacer ruido. Necesitaba beber. Noté el impacto de las tobas frías en las plantas, pero preferí no calzarme las zapatillas. Últimamente solo el frío me asegura que sigo viva. No encendí ninguna luz y, a tientas, recorrí, como una sonámbula, el pasillo. Llegué a la cocina y llené un vaso de agua que bebí sin respirar. Luego, no sé como lo hice, subí las escaleras y a trompicones me encontré en la primera planta, ante la puerta azul de la habitación de Pablo.

Me detuve un rato dudando entre entrar o volver a mi cama. “PROHIDO PROHIBIR”, rezaba en un rótulo. El corazón me latía fuerte. Llevaba días pensando en cruzar aquel umbral, pero no me había atrevido. Borja me lo desaconsejaba y yo no estaba segura de ser capaz de enfrentarme a aquel espacio vacío.

Cerré los ojos, tragué saliva y abrí la puerta. Busqué a tientas el interruptor. Solo cuando comprobé que mis piernas eran capaces de sostenerme me atreví a mirar. Parecía que el

Las trazas en la nieve tienen forma de serpiente

Al principio pensé que se había tratado de un sueño. Una visión con atisbos de realidad, extraña y sobrecogedora, pero ilusoria al fin. A medida que le daba vueltas empecé a sentir ciertas dudas. Demasiadas coincidencias, demasiados detalles, demasiados datos tangibles me hacían pensar que era algo que me había ocurrido de verdad. Tal vez estaba sugestionada por un cuento de Borges, que había leído no hacía mucho, y me había impactado. *El otro*, creo que se titula. El autor narra cómo en una ocasión se encontraba consigo mismo mientras juega ingeniosamente con el tiempo. Pudieron ser las reflexiones que siguieron a su lectura las que me hicieron pensar que algo similar me había ocurrido. De hecho llevaba tiempo cuestionándome el concepto de destino. ¿Cómo hubiéramos actuado si en algún momento de nuestra vida hubiéramos sido conocedores e nuestro futuro? No sé que pensar. Solo puedo asegurar que desde que pasó aquello me he sumido en una especie de ostracismo, de desgana y no he sido capaz de quitármelo, ni un instante, de la cabeza.

Aquella tarde me había sentado, mejor dicho me había derribado, en el sillón de mi casa. Ni siquiera me había quitado el equipo. Las piernas me flaqueaban. Era mi primera jornada de esquí después de dos años de inactividad tras el último accidente. Había seguido a Manuel, desde las diez hasta las cinco y cuarto. Habíamos recorrido la estación desde Bonaigua hasta Beret, y cuando ya creía haber acabado la jornada, mi marido me convenció de descender los fuera pistas que hay detrás de las lomas del Mirador, en la zona norte de Baqueira. Le veía exultante. Durante los últimos tiempos de-